

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: Paz en Dios - Salmo 3
(11 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Día 1

Salmo 3:1-8; 2.Samuel 15:1-16a

El Salmo 3 da una idea de la vida conflictiva del rey David. Se habla de una amenaza masiva. Él está huyendo de su hijo Absalón.

En medio de la dura enemistad, David se sintió seguro en la presencia de Dios y pudo decir: “Yo me acosté y dormí, y desperté, porque el Señor me sustentaba” (Sal. 3:5).

Al final del salmo, pide a Dios: “Sobre tu pueblo sea tu bendición” (v.8). No sólo David será ayudado personalmente, sino que todo el pueblo de Dios será liberado de la seducción y el error.

También puede ser nuestra oración para que la bendición de Dios llene nuestra propia vida y se extienda al mundo rebotante de conflictos y en estado crítico. Pensemos en los países asolados por guerras y catástrofes naturales, en la desavenencia entre países libres, y en la actitud de ignorar a Dios en nuestra sociedad y sus consecuencias.

En los versículos 1 y 2, David menciona la angustia que le ha sobrevenido: “¡Oh Señor, cuánto se han multiplicado mis adversarios! Muchos son los que se levantan contra mí. Muchos son los que dicen de mí: No hay para él salvación en Dios”. Él habla varias veces de muchos, incluso de numerosos hostigadores. David estaba en el mayor peligro de su vida en aquel tiempo – derrocado del trono real, despojado de su honor, y ahora huyendo de su propio y amado hijo Absalón (2.S. 17:1,2). Para David, esto estaba asociado con un gran dolor interior.

Pero nos damos cuenta de que no se deja atrapar por el miedo y la decepción. Tampoco se rinde con resignación. David se refugia en Dios: “Pero tú, Señor, me rodeas cual escudo; tú eres mi gloria; ¡tú mantienes en alto mi cabeza!” (Sal. 3:3). Profundicemos en los Salmos 27:1-3; 35:1-3,9,10; 40:1-4; 62:1-8.



Día 2

Salmos 3:1,2; 25:15-22

Cuando leemos acerca de los enemigos de David, nos acordamos de personas y situaciones que quieren oprimirnos a nosotros. Pueden ser las tensiones en el lugar de nuestro trabajo, las crisis en el matrimonio y la familia, un fracaso, nuestro envejecimiento, la decadencia de los valores éticos, o el desarrollo impredecible de la electrónica y del internet, los que nos asustan. Pero tal vez también sentimos dolor por el hecho de que hoy mucha gente ya no cree en Dios y ya no conocen y aman a Jesús y su Palabra.

¿Cómo manejamos lo que nos afecta? – ¿Cómo batalla David con las angustias?

Él ora: “¡Oh, Señor!” Incluso un suspiro así es liberador. David mira su situación confusa junto con el Señor. Sabe que Él está a su lado. Confía en que Dios puede hacer grandes cosas que van más allá de todas las capacidades humanas. Así de sencillo y preciso es posible dirigirse a Dios en la oración, describirle la situación y contar con su intervención.

Podemos pedir a Dios, como David: “Inclina a mí tu oído, líbrame pronto; sé Tu mí roca fuerte y fortaleza para salvarme” (Sal. 31:2; lea Sal. 57:1-6; Is. 37:1,14-20; Hch. 4:23-31).

“¡Oh Señor, cuán numerosos son mis adversarios!” Los opresores siempre buscan robarnos la fuerza, la valentía y la confianza, y dañar nuestra relación con Jesús. Su objetivo es poner en duda nuestra confesión franca hacia Jesús.

David lleva a sus opresores a Dios. También nosotros podemos hacerlo: llevar ante Dios ciertas personas, pensamientos amargos, una relación difícil o envidia y celos. Igualmente tratamos con sentimientos de inferioridad y resignación, o con un diagnóstico grave. Esto nos libera personalmente y nos hace libres también para transmitir el Evangelio de Jesús. Luego podemos confesar, como los apóstoles Pedro y Juan: “No podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído” (Hch. 4:20).



Día 3

Salmos 3:2-5; 31:14-24

David nos recuerda que, si se nos oponen, corremos el riesgo de escuchar voces que nos dicen: “¡No hay ayuda de Dios para ti! No esperes ser liberado de la miseria. ¡De todos modos, esta relación difícil o la tensión entre nosotros no va a mejorar!” O quizás nos dicen: “A tus compañeros de trabajo, no les tienes que decir una palabra de Jesús. A ellos no les importa, sus corazones son demasiado duros y cerrados. ¡Ríndete!”

Con tales argumentos y otros similares, el enemigo trata de socavar nuestra confianza en Dios y sus acciones. Si usted está en peligro de escuchar esta voz contra sí mismo, contra su ministerio o en cuanto a cualquier otra cosa, por ejemplo: “No hay para ti salvación en Dios”, entonces despierte. Es la voz del enemigo (lea Job 2:9; 1.P. 5:8,9a).

¿Cómo se comportó David en su situación de ataque? Él opuso la gloriosa verdad a la voz engañosa: “Mas tú, Señor, eres escudo alrededor de mí, mi gloria, y el que levanta mi cabeza”. David sabe que está bajo la protección de Dios. Las flechas destructivas del maligno no pueden destruirlo. Deben fallar.

Hoy podemos sentirnos alentados por el hecho de que, como David, estamos rodeados de la protección de Dios en todas las angustias. Dios está poniendo todo su honor por nosotros. Y Él hace mucho más por nosotros: a los oprimidos y afligidos que están con el ánimo por los suelos, el Señor los levanta. No necesitamos permanecer desanimados, porque sabemos que el rostro de Dios está sobre nosotros. Su intención es fortalecernos y dirigir nuestra mirada hacia Él, más allá de las necesidades apremiantes. (Lea Sal. 91:14-16; 118:5-16.)



Día 4

Salmo 3:2-5; 56:9-11

David se enfrenta aquí a una abrumadora mayoría de burladores. Sus enemigos triunfan prematuramente y proclaman en voz alta: “Dios no lo salvará” (v. 2b NVI). Pero David contrarresta los ataques engañosos de sus adversarios diciendo: “Pero tú, Señor, me ampararás; restaurarás mi honra y me fortalecerás” (v. 3 trad. libre). Él confía en la ayuda y el apoyo de Dios. Para David, no importa lo que diga la multitud, los muchos de los que habla repetidamente. Lo que Dios dice es importante para él.

Por medio de su Palabra, el Señor dio consuelo y aliento a Abram: “No temas, yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande” (Gn. 15:1). El recuerdo de la promesa de Dios fortalece al amenazado a decir con confianza: “Pero tú, Señor”. Así se enfrenta a sus enemigos con valentía. (Lea Sal. 18:1-3; 37:39,40; 40:17.)

David, consciente de la presencia de Dios, se dirige a Él con confianza: “Clamo al Señor a voz en cuello, y desde su monte Él me responde” (v.4 NVI). Su grito de auxilio no es un grito al vacío, de eso está seguro David.

No importa cuán impotentes nos sintamos y que nuestras circunstancias sean sin salida, podemos invocar a Dios y decirle cómo estamos. Como David, podemos confiar en que Él responderá a nuestra llamada: “Busqué al Señor, y él me respondió, y me libró de todos mis temores” (Sal. 34:4 NVI). – “No temas, porque yo estoy contigo; no te angusties, porque yo soy tu Dios. Yo te fortaleceré y te ayudaré; te sostendré con mi diestra victoriosa” (Is. 41:10 NVI).



Día 5

Salmo 3:4,5; Hebreos 4:16

“Cada vez que clamo a ti, tú me oyes en tu santuario; desde tu monte me respondes” (Sal. 3:4 trad. libre). El pastor Hermann Bezzel dijo en una prédica: “¡Orad! Por medio de la oración sale la turbación del alma, la carga de la conciencia y el miedo del corazón. El hombre se libera, las ataduras se sueltan. ¡La oración es la unión con el Salvador!”

El teólogo noruego Ole Hallesby escribió: “Orar no es otra cosa que dejar que Jesús entre en nuestra necesidad. Orar es permitir que Jesús use su poder para aliviar nuestra necesidad”. Dios responde a nuestras oraciones.

David experimentó este hecho muy real en su gran angustia. Podía dormir en medio de estados caóticos y encontró una paz profunda. Ahora puede decir despreocupadamente: “Yo me acuesto, me duermo y vuelvo a despertar, porque el Señor me sostiene” (v. 5 NVI). Al final del Salmo 4 pronunció palabras muy parecidas: "En paz me acostaré y asimismo dormiré; porque solo tú, Señor, me haces vivir confiado."

Sostenido por Dios y guardado bajo su poder protector, “nada me puede suceder sino lo que Él ha provisto y lo que me será beneficioso” (Paul Fleming). No siempre disfrutamos una noche de descanso ininterrumpido. Pero nuestro Señor lo sabe. A pesar de todo lo que nos atormenta, podemos experimentar la profunda seguridad con Dios también en las noches. En Proverbios 3 se muestra los beneficios del hombre que confía en la sabiduría de Dios y le obedece. Uno de aquellos es: “Cuando te acuestes, no tendrás temor” (Pr. 3:24a; lea Sal. 121:4-8).

También el nuevo día, con todo lo que contiene, es conocido por nuestro Dios. El cantor del Salmo 92 escribe: “Bueno es alabarte o Señor, cantar salmos a tu nombre, oh Altísimo; anunciar por la mañana tu misericordia, y tu fidelidad cada noche” (Sal. 92:1,2).



Día 6

Salmos 3:5-8; 37:39,40

“Me acosté y dormí y desperté, porque el Señor me sustentaba”. A veces, el nuevo día nos parece muy difícil e inabarcable. Nos despertamos por la mañana, ya sintiendo opresión. Toda la ayuda recibida ayer parece olvidada. David conoce esa condición. Pero no se pierde en ella. Él asimila su impotencia y lo que tanto lo aprieta, en una oración confiada: “Tenme compasión, Señor, porque desfallezco; sáname, Señor, que un frío de muerte recorre mis huesos” (Sal.6:2 NVI). David experimenta cómo Dios escucha al que clama en soledad y lo fortalece en su debilidad; luego da testimonio: “El Señor ha escuchado mis ruegos; el Señor ha tomado en cuenta mi oración” (Sal. 6:9 NVI).

Es impresionante, cómo la fe de David se vuelve activa una y otra vez. Él no se deja llevar por el dolor y la decepción. No se da por vencido ante las grandes dificultades, sino que se aferra al Señor porque se sabe cuidado por Él. Como resultado, el miedo paralizante debe desaparecer de él. (Lea Salmos 16:8,9; 18:16-19.)

Millones de personas en todo el mundo están dominadas por el miedo. En una ciudad en Alemania, en los troncos de veinte árboles a lo largo de la avenida, se podía leer, en amarillo llamativo, la inscripción “angustia”. Más allá, a pocas cuadras, había una fila de edificios pintados con la palabra “socorro”. Es el grito de una generación que teme por su futuro y carece de esperanza y de apoyo en la fe.

Con cuánta frecuencia nos alcanza el miedo, ante noticias aterradoras y situaciones totalmente impredecibles. David nos da impulsos para enfrentar nuestros temores: Salmos 23:4; 27:1-3; 56:2-4.



Día 7

Salmo 3:6-8; Isaías 51:12,13

¿Cómo podemos enfrentarnos al miedo? Como personas que caminan con Jesús, en un mundo lleno de miedo, tenemos una esperanza fundada en nuestro Señor Jesucristo resucitado. Quien pone su esperanza en Él, no se atasca en la falta de salida ni se hunde en la desesperación. Tampoco permanece desanimado en el suelo, sino que se atreve, a pesar de todo, a levantarse y emprender nuevos caminos. Estamos invitados:

“Ante el futuro incierto, confiar en Dios.

En las situaciones sin salida – confiar en Dios.

En los días sin esperanza – confiar en Dios.

En las horas de miedo – confiar en Dios.

*No se turbe vuestro corazón, creed en Dios y creed en mí”.**

Volvamos a David una vez más. Después de expresar su temor a Dios, puede decir: “No temeré a diez millares de gente, que pusieron sitio contra mí. ¡Levántate, Señor; sálvame, Dios mío!” (Sal. 3:6,7a). “El socorro y la salvación vienen solo del Señor” (v.8a trad. libre).

Revivido, David se levanta y se embarca en un futuro aún incierto, pero con la firme confianza en la intervención y la ayuda de Dios (lea Sal. 118:5-9; Jn. 14:1-3; Ro. 8:35-39).

David no fue el único que experimentó que Dios está del lado de su pueblo en situaciones dramáticas. Acusado por sus envidiosos rivales en la corte real de Babilonia, Daniel también recibió la ayuda salvadora de Dios. La fosa de leones no fue su final. Pudo mirar a los ojos al desconcertado rey Darío y testificar: “Mi Dios envió su ángel, el cual cerró la boca de los leones, para que no me hiciesen daño, porque ante Él fui hallado inocente, y aun delante de ti, oh rey, yo no he hecho nada malo” (Dan. 6:22; comp. Ef. 3:20,21).

*traducido según Heiko Bräuning

Día 8

Salmo 3:7,8; Colosenses 2:15

Dios mismo había intervenido y derrotado a los enemigos de David: “Tú has pegado bofetadas a todos mis enemigos” (Sal. 3:7 trad. libre). Podemos saber con más certeza que David: Jesús ha vencido al más furioso de todos los enemigos: “Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo” (1.Jn. 3:8). Satanás es el verdadero instigador del mal. A él le conviene cualquier medio para destruir nuestra confianza en Jesús. Está tratando de ocupar nuestra mente de forma negativa. Interfiere cuando se trata de cómo respondemos a las injusticias sufridas, al sufrimiento padecido o a las heridas dolorosas.

¿Quién no conoce el ejército de pensamientos rencorosos que secretamente construyen un muro entre nosotros y los demás? ¿Quién no conoce los pensamientos de autocompasión y autocomplacencia que nos ciegan ante las necesidades de los demás? Los pensamientos tienen poder. Influyen en nuestra forma de cómo tratamos a los demás. Pueden promocionar o tirar hacia abajo, ayudar o dañar.

David no se dejó dominar por el poder de los pensamientos destructivos (comp. 2.Co. 10:3-5). No le dio ninguna oportunidad al miedo ascendente. No se concentró en la superioridad del enemigo. Tampoco pensó: Jamás perdonaré esta intriga a Absalón y a los suyos. No se aferró a los insultos malignos. David centró sus pensamientos en Dios, cuyo poder y grandeza para él eran insuperables. Miró a Aquel que creó el cielo y la tierra y se dio cuenta de su poder. “Alzaré mis ojos a los montes; ¿de dónde vendrá mi socorro? Mi socorro viene del Señor, que hizo los cielos y la tierra” (lea Sal. 121:1-8; 46:1-11; 124:8; Jer. 32: 17).

Recordemos: Jesús vive y Jesús vence, en medio de nuestra vida cotidiana turbulenta.



Día 9

Salmos 3:8; 29:11

“La salvación es del Señor; ¡sobre tu pueblo sea tu bendición!”. Quien, como David, cuenta con la intervención de Dios, llama la atención de los demás sobre la fuerza de Dios en su vida y difunde, en medio de una situación difícil, un clima de paz y de seguridad fundado en la comunión con Dios. Así, David podía ser una bendición aún para los que lo oprimían y lo lastimaban y pedir el bien —la bendición de Dios— para ellos.

“Dondequiera que una mano de bendición interviene en nuestra vida, allí siempre se atestigua la mano bendita de aquel que dice: ‘Nadie las arrebatará de mi mano’ (Jn. 10:28)” (E. Schick). El hombre que bendice es aquel que se ha dejado bendecir. “Bendecir es comunicar y transmitir a los demás, las fuerzas que tienen su origen y su destino en la gloria celestial” (Erich Schick, 1897-1966, teólogo y psicólogo en Suiza).

¿Cómo sucede la bendición prácticamente en nuestras diversas situaciones cotidianas? La bendición es la fuerza para perdonar, la fuerza para amar y la paciencia. “No devuelvan mal por mal, ni insulto por insulto; más bien bendigan, porque para esto fueron llamados, para heredar una bendición” (1. P. 3:9 NVI).

De Jesús tenemos el poder y el mandato de bendecir a los demás: “Benedicid a los que os maldicen, y orad por los que os calumnian” (Lc. 6:28). Se nota que bendecir es posible y ordenado en situaciones de ofensa personal. Sin embargo, esto requiere fuerza y coraje. No siempre obtenemos las respuestas que hubiéramos deseado de nuestros interlocutores, ya sean compañeros de trabajo, de la iglesia o de la familia. Y, sin embargo, porque nosotros mismos somos bendecidos, también podemos bendecir a los demás (lea Ro. 12:14,19-21; Ef. 1:3).



Día 10

Mateo 5:44-48; Números 12:1,2,9-13

“Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen y orad por los que os ultrajan y os persiguen” (Mt. 5:44). Como bendecidos, estamos conectados con el poder del amor de Dios. No tenemos que vengarnos de los demás ni retirarnos enojados, sino que estamos llamados a bendecir. Podemos desear siempre el bien a un contrincante, orar por el éxito de su trabajo, o poner al que nos maltrata bajo la influencia del amor perdonador de Jesús en la oración.

Bendecir es actuar activamente. Watchman Nee, un cristiano chino que pasó muchos años en prisiones y campos de detención por su fe, escribió: “La bendición de Dios produce resultados inesperados. Pero no olvidemos que el flujo de bendiciones puede ser detenido a través de nosotros. Unas pocas palabras negativas-críticas, una opinión falsa, la insistencia obstinada en un punto de vista propio o una respuesta áspera, causan que el flujo de su bendición se detenga. Queremos renunciar a la defensa propia y criticarnos a nosotros mismos. Uno siempre puede aducir razones para justificarse; pero ¿qué conseguimos cuando la bendición de Dios se detiene? Incluso si resulta que tienes razón, ¿de qué sirve si no hay bendición y nadie se salva?” (Lea Gn. 45:5,14,15; 1. Co. 4:9-13a.)

¡Benedicid! Muéstrenle a la gente que Dios los ama y se preocupa por ellos. Qué bueno es saber que tenemos un Dios que puede saciar nuestra carencia con su bendición. “El Señor, tu Dios, te ha bendecido en toda obra de tus manos; Él sabe que andas por este gran desierto; estos cuarenta años el Señor tu Dios ha estado contigo, y nada te ha faltado” (Dt. 2:7; comp. Sal. 5:11,12; 31:19; 34:9,10).



Día 11

Salmos 3:8; 28:9

Al Salmo 28, David lo concluye con una oración: “Salva a tu pueblo, y bendice a tu heredad; y pastoréales y susténtales para siempre”. En su tiempo, David anhelaba la bendición y la paz para sí mismo y para los hombres que Dios le había confiado. Dirige su mirada a Dios, que ha sido su pastor durante toda su vida. Y así concluye también el salmo 3, transmitiendo su experiencia: “En el Señor se encuentra la ayuda” (trad. libre). Y añade la súplica: “sobre tu pueblo sea tu bendición”.

¡Cuánto anhelamos esta paz en un mundo imprevisible y conflictivo, tanto en la vida personal como en la convivencia de los pueblos! Sólo Jesús, el Príncipe de la paz, nos puede dar esta paz. Él tiene el poder de hacer la paz.

Su paz se manifiesta de diferentes maneras:

- Por la certeza: Estoy reconciliado con Dios (comp. Is. 53:5; Ro. 5:1,2).
- A través de la voluntad de perdonar en los conflictos y en las ofensas (comp. Mt. 18:21,22; Ro. 12:18; Ef. 4:31,32; He. 12:14).
- Consintiendo en la voluntad de Dios (comp. Sal. 119:165; Is. 48:18).
- A través de la firmeza en el miedo y el terror (comp. Sal. 138:7; Jn. 16:33; Hch. 27:14,15,20-26; Ro. 8:35-37).
- A través de la serenidad que no teme a los acontecimientos que se encadenan en la vida cotidiana y que no deja que uno se turbe fácilmente (comp. Jn. 14:27).
- Por consuelo y seguridad cuando suceden cosas difíciles e incomprensibles (comp. Sal. 73:21-26).

Puedo dirigirme a Dios en cualquier momento y en cualquier situación y pedirle: ¡Bendíceme con la paz! Déjame descansar contigo. Pon tu paz también en las personas que me rodean.

Quien pide la bendición y la paz para los demás, él mismo será bendecido con la paz.


